

MUERTES Y MARAVILLAS

CADALQUIVER abajo, la expedición de Hernando de Magallanes abandonó Sevilla el 10 de agosto de 1519, con la misión de abrir rutas nuevas para el comercio español. Navegando siempre hacia el poniente, los marinos pretendían llegar a las islas Molucas, el paraíso de las especias, dominadas en su acceso oriental por los terribles portugueses. Partieron cinco embarcaciones, que reunían una tripulación de 270 hombres de varias nacionalidades.

Cuatro años después, en septiembre de 1523, una única nave, la Victoria, volvió al punto de partida tras haber dado la vuelta al mundo. A bordo venían sólo diecisiete de los expedicionarios iniciales. Los demás habían rendido sus huesos en la espesa o simplemente habían desertado.

En la Victoria venía Antonio Pigafetta, un joven italiano que en los registros náuticos figura como Antonio Lombardo. Se había embarcado junto a Magallanes acompañado en ciertos conocimientos de la astronomía, pero su deseo era contar las maravillas de los mundos vírgenes que fueran encontrando a su paso. Con esto quería dejar algo de utilidad a sus semejantes, a la vez que alcanzar la fama y la gloria. Su «Relación del primer viaje en torno del globo» le ha asegurado hasta hoy al menos el reconocimiento de la posteridad. Los diarios de Pigafetta contienen las primeras observaciones de aborígenes dispuestos en las tierras recién descubiertas. Moviéndose por una curiosidad muy de su siglo, el «observante» —en esta categoría como tripulante— puso la mayor atención en las costumbres, vestidos, alimentación y técnicas guerreras de las tribus de la costa brasileña, de la Patagonia y de Filipinas.

Describió además animales, árboles, pecurias, crepúsculos, batallas y calamidades. Entre éstas, acaso la más sobrecogedora fue la que experimentaron los navegan-

Con sus diarios de viaje, Antonio Pigafetta conoció en su tiempo la gloria momentánea: fue ordenado caballero de Malta y se hizo recibir por varios reyes europeos. Murió, sin embargo, en la oscuridad. Hoy sus páginas se dejan leer con avidez y con asombro.

selección de Roberto Merino



La expedición española del portugués Hernando de Magallanes tiene gran importancia para la cartografía y la navegación del siglo XVI. De hecho, Magallanes descubrió la unión del Atlántico con el Pacífico en la región austral de Sudamérica: el estrecho que entonces se llamaba De las Once Mil Virgenes y que después adoptó su nombre. Famosas son las palabras con que Pigafetta cierra el relato de la expedición: «Así fue como pereció nuestro espejo, nuestra luz, nuestro consuelo y nuestro guía inimitable». Las citas usadas aquí pertenecen a «Primer viaje en torno del globo» (Editorial Fecitexto de Aguirre, traducción de José Toribio Medina).

tes tras abandonar el Estrecho de Magallanes, cuando anduvieron más de tres meses sin alimentos frescos: «El biscocho que comíamos —escribe— ya no era pan, sino un polvo mezclado de gusanos que habían devorado toda su sustancia y que además tenía un hedor insuperable por hallarse impregnado de orinas de ratas. El agua que nos veíamos obligados a beber, estaba igualmente podrida y hedionda. Para no morirnos de hambre, nos vimos aún obligados a comer pedruzcos del cuero de vaca con que se había formado la gran verga... A menudo estábamos rodeados de alimentos de aserrín y hasta las ratas, tan repelentes para el hombre, habían llegado a ser un alimento tan delicioso que se pagaba medio ducado por cada una».

Es fácil suponer que en estas circunstancias el escriptor se adueñó de las ansias y finalmente de las vidas de la tripulación. En ese momento no se venía a la mala: cuando Pigafetta y algunos compañeros bajaron en las islas de los Lucayos para castigar la rapacidad de los nativos, los enfermos de a bordo, dice, les hicieron un encargo: «Nos pidieron que si alguno de los habitantes era muerto, les llevásemos los intestinos porque estaban persuadidos de que comiéndolos habían de curar en poco tiempo».

Las maravillas y los seres fantásticos aparecen a menudo en el relato del toribado. Ciertas con el orbiño en el lomo, mariposas gigantes con sabor a gallina, hojas que caminan y aún un pájaro negro que se alimenta del corazón de las ballenas vivas son parte del borbato. Más de una vez, además, Pigafetta testimonia haber visto, en noches de tormenta, los fuegos de San Telmo pecados en el mar. A quienes no vio —aunque escuchó de su existencia— fueron unos gigantes de Arucheto «que tienen las orejas tan largas como todo el cuerpo, de manera que cuando se acuestan traen la sirve de colchón y la otra de frazada».

Muertes y maravillas [artículo] Arturo Olavarria.

Libros y documentos

AUTORÍA

Olavarría, Arturo

FECHA DE PUBLICACIÓN

1998

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Muertes y maravillas [artículo] Arturo Olavarría.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile